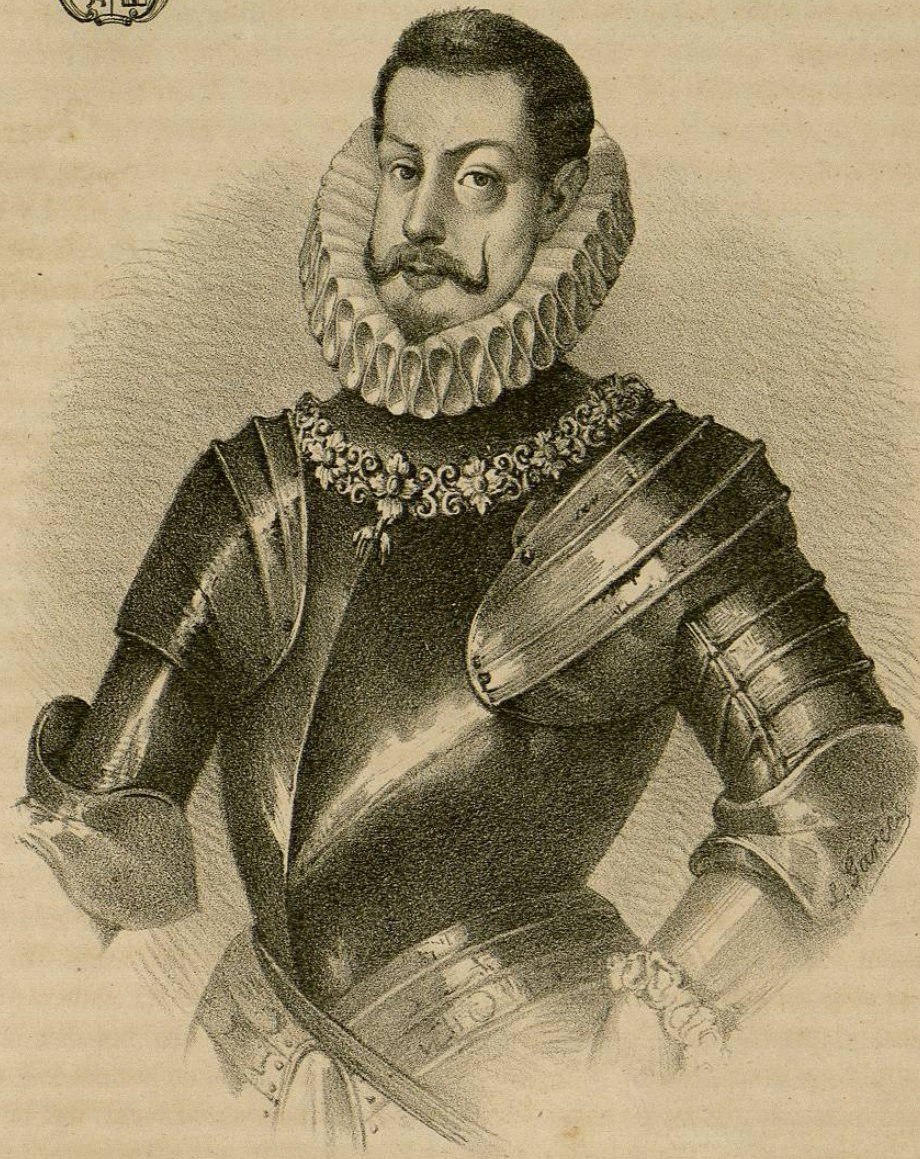


llarse fuera de la poblacion el alcalde D. Francisco Sanchez, y por habarse refugiado el otro D. Pedro de Interian en el convento de San Francisco. No obstante, los vecinos hicieron de su parte cuanto les fué posible para resistir el ataque bien combinado de los filibusteros, no faltando quien avisara al alcalde Sanchez que desde luego se puso en camino, y dirigiéndose al convento se unió con Interian. Mientras los piratas estaban saqueando las casas y cometiendo todo género de atrocidades, fueron atacados por los alcaldes á la cabeza del pueblo irritado, y comenzó una sangrienta y obstinada lucha que duró dos horas sostenida por ambas partes con igual tenacidad y encarnizamiento, siendo dudoso el éxito hasta que fué herido gravemente el jefe de los filibusteros, é introduciéndose entre ellos el desaliento y el desmayo, obligáronles entonces los campechanos á embarcarse y dejar gran parte del robo en tierra, descubriendo antes de salir que Juan de Venturate les habia abierto el camino. El traidor fué castigado despedazándolo con tenazas candentes.

Mientras se verificaban en la Nueva-España las fiestas por la jura de Felipe III, daba el virey Zúñiga cumplimiento al mandato de Felipe II acerca de que fuera trasladada la ciudad de Veracruz del sitio donde se hallaba, al lugar que hoy ocupa en la playa enfrente del castillo de San Juan de Ulúa. Tal mudanza ya se habia hecho necesaria, no solamente porque el suelo húmedo de la que hoy se llama Antigua Veracruz hacia mucho daño á la salud, sino principalmente para aprovechar la situacion del islote de San Juan de Ulúa, y se verificó la traslacion á fines de 1600, concediendo Felipe III á la nueva Veracruz, situada donde desembarcaron los conquistadores, el título de ciudad en 1615. La Antigua Veracruz era el puerto cerca del cual surgian las flotas que cada año llegaban á Nueva-España, y el de mas continuo comercio con Europa y otros pueblos de las Indias, situado á poco mas de una legua del mar; eran subidas las mercancías de las naos en pequeñas embarcaciones que ecsigian poca agua, para que pudieran pasar por la barra que no solamente es poco profunda, sino que varía y casi llegan á cerrarla las arenas impelidas por los fuertes vientos, hasta que la agua del rio se abre un paso que es muy peligroso, entrando por allí las embarcaciones. Además, el puerto era muy caliente y húmedo, lleno de una inmensa cantidad de mosquitos y donde con prontitud se adquirian multitud de enfermedades; solamente la sed insaciable de las riquezas hacia muy concurrido aquel lugar donde se veian tantos tesoros de España é Indias, pereciendo muchos de los negociantes que allí se presentaban. A la Antigua pertenecieron varios lugares bastante poblados de indios que á poco habian desaparecido.

Los primeros misioneros que se presentaron en la Antigua fueron los jesuitas Alonso Guillen y Juan Rogel, quienes trabajaron con éxito en desarraigar los muchos vicios que en aquel puerto habia introducido la gente de mar, é influyeron mucho en la variacion de las costumbres. Hacia tiempo que estaban allí aquellos dos misioneros, cuando en 1579 el padre maestro Pedro Diaz, que pasó de procurador á Roma, llevó una peticion para establecer un colegio en la Veracruz que hoy llamamos Antigua, y pidiéronle que desde luego se diera principio á la obra, por ser necesario doctrinar á tantos negros del rey y de los particulares, por la diversidad de gente que allí concurría en las flotas que llegaban de España y el gran número de enfermos que habia necesidad de asistir; el padre provincial accedió á la peticion, y desde luego se eligió el sitio y se comenzó la construccion de la casa, ayudádoles para la obra las limosnas de algunos encomenderos y el servicio de sus esclavos; construida la casa, que quedaba



FELIPE III.

Lit. de la V. de Murguía é hijas



algo retirada de la poblacion, compraron otra los vecinos y obsequiaron con ella á los jesuitas que casi siempre eran siete ú ocho, y se estableció una iglesia bastante buena para los ejercicios espirituales. Las flotas iban á invernar en el puerto de San Juan de Ulúa, donde permanecian casi siempre siete meses, y por eso pusieron en la isla tambien una casa los jesuitas, hasta que hubo allí un cura propio que administraba á la gente de guarnicion en los fuertes y la de mar que llegaba en la flota, á cuya gente invitaban á ganar el jubileo de la Purísima Concepcion, y le predicaban aun á bordo de los buques haciéndose fiestas con tal motivo.

Siendo mayores los inconvenientes que cada día experimentaba la antigua ciudad de Veracruz, tanto, segun hemos dicho, por los rigores que del clima resentian los vecinos y los tratantes, cuanto porque la descarga de la flota duraba cuatro y cinco meses, sufriendo la hacienda pública y los particulares pérdidas de consideracion, teniendo que subir las mercancías á la ciudad y que pasar los tropiezos de la barra, dispuso el monarca español que dicha ciudad se mudara á la playa, enfrente y á vista de la isla y fuerte de San Juan de Ulúa, y que allí se descargaran todos los años las flotas por ser puerto menos dañoso y con algunas comodidades; para que desde luego se cumpliera tal disposicion, ordenó á los religiosos abandonaran la Antigua y al virey que les diera en la nueva un buen sitio para sus casas é iglesias, como se hizo. La nueva ciudad quedó en terreno firme y á la vista de la isla de Ulúa, y se entraba al puerto por dos canales; su planta fué bien dispuesta, sus edificios construidos con madera por la falta que habia de piedra en todo el contorno, encontrándose tan solo montes de arena; pero habiendo acontecido grandes incendios se hicieron luego edificios de piedra; fueron levantadas las casas real y de contratacion, aumentando cada dia aquella poblacion con motivo de la entrada y salida de las flotas y otros buques. Los jesuitas volvieron á construir muy retirada su iglesia y casa, y por eso tuvieron que levantar otras en 1606. Por este tiempo llegaban á Veracruz de Angola, Congo y Guinea, cerca de cuatrocientos negros cada año.

Con las construcciones de madera habia seguido la poblacion hasta 1618, en que por el mes de Diciembre acaeció un grande incendio que destruyó la mitad de la ciudad, alimentando el fuego un violento Norte; y como la madera estaba apropósito para arder, perdiéronse los bienes de los vecinos y hasta los ornamentos de las iglesias, y los vasos sagrados, tratando cada cual de salvarse, valuándose el total de lo perdido entonces, en mas de dos millones de pesos y quedándose en las calles porcion de gentes sin tener casas donde abrigarse; contribuyó á aumentar el daño el haber volado por la explosion de dos barriles de pólvora que tenia un comerciante, algunos techos incendiados, con lo cual se esparcieron porcion de teas que pegaron el fuego por mil partes; entre los edificios que se libertaron estuvo la iglesia mayor. Los jesuitas fundaron un colegio en 1639 habiendo dejado una hacienda D. Fernando de la Serna Valdes, canónigo de Puebla, para fomentarlo y «se puso luego en ejercicio la lectura de gramática, que solamente se enseñaba en Puebla y México.» Mas adelante aquella fundacion dió motivo á un pleito, pues la hacienda no quedó sujeta al pago del diezmo con lo cual no estuvo conforme el obispo Palafox.

Insistiendo el conde de Monterey en que se congregaran los indios, estableció un fondo para los gastos necesarios de la empresa, nombró otros cien comisarios y les dió las instrucciones previniéndoles que no faltaran á la caridad con los indios, á quienes debian anunciar que quedaban dueños de las tierras que dejaban y de las que nuevamente



se les daban; pero esto nada pudo contra las prevaricaciones de muchos de aquellos empleados de quienes los ricos españoles conseguían cuanto deseaban; en esto se emplearon cerca de dos años sin que se terminara el proyecto por causa de los comisarios que escogieron principalmente el tiempo de las aguas para la traslación, no valiendo nada los ruegos de los indígenas que pedían sumisos fuera aplazada; pero los comisarios, lejos de conmovirse y acceder, trataban á los indios de la manera mas inhumana arreándolos como si fueran bestias, quemaban las chozas y dejaban atónitos á aquellos desgraciados, que veían reducidos á cenizas los albergues donde ellos y sus padres habían nacido; al abandonar los árboles, testigos y únicos recreos de sus días serenos que creían ya no habían de volver, y cuando reflexionaban, y se encontraban sin abrigo en medio de los llanos, huían á lejanas tierras donde no vieran á los españoles, ó se suicidaban. Los pueblos debían concentrarse hasta formar uno que pudiera sostener al párroco. Los comisarios, que llevaban listas de los individuos que habían de formar las congregaciones, también se introducían á las poblaciones ya formadas, y mandaban nivelar las calles y quitar los edificios que estorbaban la vista, por cuyos actos les tomaban los indios grande aborrecimiento y de paso á todos los españoles, que informaron á Felipe III de lo que pasaba en Nueva-España. Mandáronse evaluar los perjuicios que sufrían los españoles y que también se hiciese otro tanto con los indios; nombráronse por el virey visitadores que dijeran si eran ciertos los informes dados por los comisarios, llevando intérpretes que manifestaran las quejas de los indios. Ya establecidas algunas congregaciones sufrieron nuevos cambios en su situación, dictándolos desde México el virey. Suscitáronse porción de pleitos entre los hacendados y los jueces de las congregaciones, que se empeñaban en llevarse á los peones para los nuevos pueblos; á varios de los antiguos se les concedió reunirse donde lo solicitaron, y á otros se les permitió quedasen en sus sitios por circunstancias particulares. El cambio de temperamento y la falta de alimentos traían grandes enfermedades á los indios, como aconteció á los de la congregación de Yanhuitlan, y aunque el virey deseaba socorrerlos casi siempre llegaban tarde sus disposiciones.

Por mas sumisos que fueran los indios, algunos se sublevaron, haciéndolo los de la sierra de Topia, á quienes querían los españoles explotar sin piedad en el trabajo de las minas, y á los cuales consiguió apaciguar el obispo de Guadalajara, D. Ildelfonso de la Mota, ofreciéndoles que no volverían á ser molestados, y para mayor seguridad estableció allí algunas misiones de jesuitas, quedando como olvidados los muchos muertos habidos en la rebelión. El obispo de Guadalajara se dirigió á los sublevados y por medio de palabras de mansedumbre los exhortó á la obediencia y sumisión; separado de ellos pasó al campamento del gobernador español, y mientras ambos conferenciaban, una partida de las tropas españolas se disponía á atacar á los sublevados; pero estos se colocaron de manera que pudiera ser vista la mitra ante la cual depositaron sus armas los españoles, y entrando los partidos en convenio cerraron las discusiones, logrando el obispo reconciliar á los indios con el gobernador. También se abusaba de ellos, no obstante los cuidados del virey, ya quitándoles una parte de sus sueldos para el juez encargado de vigilar que se les pagase, ya sacando mas de los jornaleros necesarios y alquilándolos á mayor precio, por lo que el virey, á petición de los indios, dispuso que siguieran los repartimientos como estaban antes. Desde la época del virey Enriquez se habían restablecido los repartimientos de indios; pero como eran notoriamente perjudiciales y atentatorios á la libertad, había dispuesto la corte

que los quitaran á consecuencia de varias representaciones, y Zúñiga obedeció, aunque no le parecía bien dejar á los indios tan libres para que pudieran alquilarse ó no, por lo cual dispuso que se reunieran todos los domingos en las plazas y allí se ajustaran á jornal. El mismo asistía á las plazas para tratar de corregir los abusos, que le era imposible impedir no pudiendo presenciar todos los ajustes, y por ello los indios solicitaron nuevamente pertenecer á los repartimientos.

Ya por asegurar la navegación del galeon de Filipinas, ó ya porque hubiera encontrado entre los papeles de su padre relaciones de viajeros acerca de hallarse en el mar del Norte un estrecho llamado Anian, dispuso Felipe III que se explorara y colonizara la California previniéndolo así á Zúñiga, quien nombró jefe de la expedición al almirante Sebastian Vizcaino, y á Toribio Gomez Corban para que marchara á Honduras, acompañado del piloto Antonio Flores y del alférez Sebastian Melendez y condujera ya aprestados á Acapulco los buques que se necesitaban; entretanto Juan Acevedo pasó también á Acapulco para ajustar víveres, y dispuso el virey que se diera á Vizcaino la gente que pidiera, y exhortó á los oficiales antes de partir á que cumplieren con sus deberes. Las Californias habían sido independientes del imperio mexicano y de los reinos de Michoacan, Jalisco y de los demás establecidos al Norte, y según se infiere de la tradición, los californios vinieron de los países septentrionales, arrojados de su antigua patria por enemigos poderosos. Diversas expediciones se hicieron á las Californias desde las emprendidas por el mismo conquistador Hernando Cortes, y la Baja California se creyó durante mucho tiempo que era una isla. Los viajes que á ella se hacían no tenían solamente un objeto científico ó comercial, sino que muchos de ellos fueron verdaderas tentativas para colonizarla bajo la protección inmediata de la corte, empeñada en extender los límites de sus posiciones; pero el suelo árido y triste de la Península rechazaba de su seno á los aventureros cuya codicia encontraba muy pobres aquellas regiones, hasta que el padre jesuita Juan María de Salvatierra, venciendo los obstáculos, fundó á Loreto en la costa oriental de la Península. Cuando los españoles llegaron allí ocupaban el terreno diversas tribus: los pericues, los guaicuras, coras, aripas y otros muchos que habitaban además algunas islas del mar Pacífico; todos eran semejantes á los mexicanos y sin tener la menor noción de agricultura, vivían de la pesca, de la caza y de las frutas, y no obstante, desconocían el hurto y la embriaguez, y guardaban entre los miembros de su familia amor y armonía. Los padres de la Compañía de Jesus llegaron á contar quince misiones cuando fueron expatriados en 1767.

Continuando el conde de Monterey en el gobierno con su acostumbrado desinterés, supo por Setiembre de 1603 que el rey le había promovido para el vireinato del Perú, y que su sucesor D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, había arribado á Veracruz; partió desde luego á Otumba con la pompa acostumbrada, y previno á los marqueses un hospedaje tan magnífico, que en ocho días gastó casi la renta de un año de virey, y siguió su camino para Acapulco siendo muy sentida su falta por los indios que en gran cantidad le acompañaron llorando, cuya demostración no habían hecho con ninguno de sus antecesores; y ciertamente fué un ministro adornado de virtudes que habrían hecho de él uno de los mejores vireyes de Nueva-España, á no ser por el asunto de las fundaciones y congregaciones de pueblos. Pasó al Perú, y en el juicio de residencia fué condenado á pagar doscientos mil pesos que dió para las congregaciones á los comisarios y escribanos, de cuya sentencia fué absuelto en la corte á donde apeló.